

*–Por otro lado, ese comportamiento crítico ¿no parece un esfuerzo en el sentido de salvar a Machado de aquellos que lo acusan de ser indiferente a nuestra historia?*

–En rigor, no debería ser necesario ese esfuerzo. Machado nunca fue indiferente a la historia o a la política brasileña. Además, las primeras revelaciones de la crítica en este sentido se remontan a los años 50, cuando Raymundo Magalhaes Jr. demostró que, en la juventud, Machado fue un liberal convicto y activo. La gran dificultad fue siempre la de saber lo que sucedió en la madurez, cuando se hizo gran escritor. Tal vez, subterráneamente, operase aquí de nuevo el prejuicio del arte por el arte: quien hiciese gran arte no podría tener intereses triviales o concretos. Quien demolió, de una vez por todas, esa visión anticuada del autor fue Raymundo Faoro, en su libro *A pirâmide e o trapézio*, de 1976, que documentó con muchos detalles las observaciones agudas de Machado sobre la sociedad y la política, lo que volvió casi imposible cualquier argumento contrario desde entonces.

La crítica más reciente, comenzando ya por *Ao vencedor as batatas*, de Roberto Schwarz, de 1977, tiende a comprender mejor el significado de la obra en su relación con la sociedad brasileña. Roberto entra al bies de las relaciones de clase, mostrando la profundidad y la agudeza de las observaciones machadianas sobre favores y clientelismo, agudeza que, sea dicho de paso, también tiene raíces obvias en la biografía de Machado, cuya familia era pobre y dependiente. Mi investigación se fue desarrollando en otro sentido paralelo: en demostrar que, en la madurez, el pensamiento político sobre Brasil continuó y hasta tuvo un papel central en la estructuración de las novelas tenidas por «maduras». Creo que no sería muy exagerado decir que ese pensamiento funciona como una especie de espina dorsal de un proyecto que los envuelve a todos.

Pero eso ya está demostrado, espero, en mis libros. Para mostrar el radicalismo de ese pensamiento, que es uno de sus atractivos y una de las razones por las cuales quedó oculto, voy a tomar un ejemplo de los cuentos, concretamente de «El espejo». Todo el mundo recordará que el personaje central, Jacobina, se queda aislado en casa de su tía, con apenas un espejo y el uniforme de la Guardia Nacional por compañía. Vestido con ese uniforme, Jacobina acaba paseando delante del espejo para convencerse de su propia existencia. Muchos lectores han percibido que aquí hay una alegoría nacional, que ciertamente no contradice al pensamiento filosófico o psicológico del cuento. La frase «el alférez acabó con el hombre» tiene extrañas resonancias. Lo que no fue percibido, que yo sepa, es que Machado debe haber pensado también el cuento en términos nacionales e históricos.

Vea: el espejo, en cuanto objeto, está situado también históricamente. El narrador dice que él llegó a Brasil con la corte de don Juan VI. O sea: en el momento en que Brasil comenzaba a mirarse en el espejo del mundo exterior ¿Qué vio? Vale la pena conocer ese aspecto del pensamiento machadiano en sí mismo, no sólo porque forma parte de la ficción.

—¿Es posible decir que Machado era tan disimulado como su Capitu? ¿O que Capitu tenía razones para disimular?

—Está claro que sí. Machado, desde joven, como su Capitu, tuvo que manipular a las personas de su alrededor, más poderosas y ricas que él, para obtener el éxito que él sabía que le correspondía. En lo que quedó de su biblioteca, hay una *best-seller* olvidado del siglo pasado, del inglés Samuel Smiles, que se llama *Autoayuda o carácter, conducta y perseverancia*, ilustrado con biografías. Es una traducción francesa de 1866, cuando Machado tenía 27 años. Machado leía el francés con más facilidad que el inglés. En el contexto brasileño, el ideal liberal del *self-made man* tenía que pasar por una fuerte adaptación y nadie lo sabía mejor que él. Al mismo tiempo, si alguien tenía perseverancia era él. Un ejemplo biográfico: en 1868 hubo dos acontecimientos políticos centrales de ese siglo. En medio de la guerra del Paraguay, y por razones que tenían que ver con la guerra, Don Pedro impuso un gobierno conservador a una cámara liberal, o, para usar el lenguaje del siglo pasado, cambió de situación. Fue un choque para todo el mundo y muchos de los liberales, desengañados, se hicieron republicanos. ¿Y Machado, que también era liberal y, lo que es peor, comprometido y reconocido como tal? Para él tuvo consecuencias bastante prácticas: funcionario público, casi perdió el empleo. ¿Cómo pudo sobrevivir? Por medio de la literatura, se podría describir ese momento crucial en el que casi desapareció de nuestra vista, volviéndose uno de esos «caiporas» (fadista) que habitan muchos de sus cuentos. Entretanto, otra manera de describir el mismo proceso sería decir que él sobrevivió por medio del sablazo. Machado tenía un amigo que era literato, conservador y ministro. Nada menos que José de Alencar. Quien quiera leer, la prueba está en los *Dispersos* de Machado de Assis, libro organizado por Jean-Michel Massa. Se trata de una carta suya de 1868, publicada en la Imprenta Académica de São Paulo, en la que elogia excesivamente un libro sobre política de Alencar, al mismo tiempo que se humilla a sí mismo. Bastante desvergonzado, como él, sin duda, sabía que tenía que ser. Veinticinco años más tarde, en 1893, Machado publicó una crónica sobre la librería Garnier, en la cual recuerda las conversaciones que mantuvo con Alencar y que trataban «de aquellos negocios de arte y

poesía, de estilo e imaginación, que valen por todas las fatigas de este mundo». Cuando escribió esa crónica, donde queda nítida la idealización del pasado, ¿será que Machado se acordaba de esa carta de fines tan inmediatos? En ocasiones Machado es tan difícil de interpretar como sus propios personajes. Tal vez podríamos preguntarnos: ¿traicionó o no traicionó?

*–El entusiasmo de Machado por la crónica en los años 80 y 90 ¿puede ser una pista en relación a ese gusto disimulado por la historia?*

–Es bueno que usted hable del «entusiasmo» de Machado por la crónica. Cuando yo escribía sobre las novelas de la segunda época, además de resucitar *Casa vieja*, una pequeña obra-prima de 1885, comencé a leer las crónicas de esa misma época, por simple curiosidad. Felizmente, di primero con una serie curiosísima, «Buenos días» que Machado publicó, anónimamente, en la *Gazeta de Notícias*, en la época de la Abolición, entre 1888 y 1889. El anonimato nos trae de vuelta, claro está, el disimulo, pero lo que me llamó más la atención fue la osadía y el desengaño de algunas crónicas: insinuar, en medio de aquella euforia, que la Abolición no iba a cambiar nada en la vida de los ex-esclavos, por ejemplo. Otra cosa: Machado, en esa y en otras crónicas, muestra un gusto disimulado por la historia, sí, pero excepcional. Un ejemplo: él se refiere con relativa frecuencia a figuras y acontecimientos de los tiempos de la Independencia y de la Regencia, por medio de la conexión que tenía con sus tiempos actuales o hasta por el hecho de haber sido olvidados.

¡La memoria político-histórica de Machado era excepcional! Era incluso una de las cosas que lo separaban de sus lectores, una fuente de su ironía y de su sarcasmo. Esas crónicas, que más tarde edité con notas explicativas a pie de página para que fuesen legibles hoy, funcionaron como en otras épocas los cuentos, como el medio más apropiado para lo que él tenía que decir. El entusiasmo por el género venía en parte por la libertad que le otorgaba para hablar de cualquier cosa y hasta de mudar de asunto tres o cuatro veces en un corto espacio. También de las múltiples oportunidades que encontraba para la ironía, para, por ejemplo, cambiar de tema en apariencia pero no en realidad...

*–Retomando su prefacio: «¿Dónde se situó Machado?» ¿Encima del muro, como buen brasileño?*

–Volvemos en cierto sentido a la pregunta que me hice antes: «¿Traicionó o no?» Tengo una cierta tendencia a idealizar a los autores que más me